



Max Frisch: "Homo Faber"

2567

Por IGNACIO VALENTE

La novela alemana tiene formas de narrar que, por lo general, resultan extrañas a nuestra sensibilidad. Allí donde nosotros pedimos intuición, sorpresa, revelación, nosotros encontramos en ella un paciente registro de los hechos, un efecto de profundidad conseguido por metódica acumulación de pinceladas, una sucesión de superficies narrativas que sólo lentamente —con fatiga, pensamos nosotros— nos procuran la revelación de un carácter o de una verdad humana; y esto sin contornos precisos, como una luz intermitente que se difumina entre la multitud de los hechos acumulados. Por cierto que ésta es sólo la impresión de un lector educado en otras tradiciones literarias; como toda generalización, resulta en exceso simple, y además no excluye la realización de auténticos valores narrativos dentro de esta forma que encontramos, compartidamente, un tanto pesada.

Es la impresión que me deja la novela, ya famosa, del autor Max Frisch, por otra parte rico en humanidad y en rigor analítico. "Homo faber" (Ed. Seris Barral) se propone desarrollar, en forma de novela, un proceso humano al que confiere el rigor y la estructura de un teorema: la conversión de un "homo faber" o "técnico" en hombre humano, de un implacable ingeniero en un hombre capaz de amar y de sufrir. La mutación, sólo iniciada en el fin de la novela, cercana ya a la muerte de protagonista, se comienza por la irrucción del dolor en su vida: una culpa que revive, un accidente que comete sin saberlo, un accidente mortal. Diversos golpes de un aparente "azar" lo llevan, por el camino del sufrimiento, a una figura existencial que se le impone como "destino", como la dimensión trágica de la existencia. En Grecia, en una playa cerense a Corinto, los dioses consuman la explotación de una vieja culpa sobre el hombre que se empeña hasta el final en interpretar su vida a la luz de la estadística o la cibernética.

Máster Faber es un técnico que trabaja para un organismo internacional, en la ayuda técnica a los países subdesarrollados. A pesar de su nombre, no es una alegoría, sino un personaje bien real, que define así su actitud ante los sucesos que narra: "Yo no creo en una Providencia ni en un destino; como técnico, estoy acostumbrado a calcular según las fórmulas de probabilidad. Reconozco que sin aquel atarraje forzoso en Tamaulipas, todo hubiera sido distinto... Fue toda una cadena de casualidades. Pero, ¿por qué llamarla Providencia? Yo no necesito ninguna clase de mística para admitir lo inverosímil como un hecho experimental; las matemáticas me bastan... Cuando hablamos de probabilidad comprendemos también la improbabilidad como caso límite de lo probable... No hay motivo para maravillarse, ni creer en ningún misterio".

Nuestro técnico es hombre de un positivismo agresivo. Contando en primera persona la historia de sus casualidades, se complace en entenderlas al amparo de los Principia Mathematica de Whitehead y Russell; se siente como el solo tipo de hombre que ve "las cosas tal como son", mientras sus vecinos en la vida se llenan la boca con "experiencias maravillosas"; afecta despreciar todo lo primitivo de las regiones donde trabaja; en materia de amor lo halaga ser una máquina bien calibrada, felizmente libre de romanticismos. Su máxima declaración de principios: "Soy completamente objetivo".

Pues bien, a este sujeto tan indolente como satisfecho le acontecen ciertos encuentros, viajes y contingencias, que descubren zonas olvidadas de su juventud, surgen en viejas culpas de amor y abandono, lo enfrentan a una hija seya cuya existencia ignoraba y por quien se siente extraordinariamente atraído, en la ignorancia de su condición, y culminan en un inconsciente inercio al que sigue —como decretada por los dioses— la muerte accidental de la muchacha, y más tarde, en una clínica, su propia muerte, cuando se aprestaba a casarse con su antigua novia, madre de la joven.

Los hechos contemporáneos parecen actuar de preferencia en las compañías de aviación y navegación. Dos encuentros de viaje desencadenan este "destino", produciendo los "hechos" sino "experiencias", no probabilidades estadísticas sino eventos personales, irreversibles, dolorosos, que lo llaman a entrar en sí como persona, a asumir una existencia, a olvidar sus simplificaciones positivistas en favor de una vida propiamente humana.

El trasfondo metafísico de la intriga novelesca está a la vista: ¿de dónde nos llegan los eventos, lo que sucede diaria-

mente a cada uno? ¿Azar, probabilidad, suerte, destino, hado, Providencia, Dios? Es el misterio ineludible de nuestro destino personal. El fondo último del universo ¿es azar, fuerza ciega o Persona creadora? La novela cuestiona desde el interior mismo del personaje, la fragilidad de las categorías científico-técnicas de hombre de nuestros días:

"Discusión con Hanna: discusión acerca de la técnica (dice Hanna como ardid para organizar el mundo de tal manera que no lo tengamos que vivir. Manía del técnico: convertir la creación en algo útil, porque no la soporta como compañero, no sabe cómo tratarla. (No sé qué quiere decir Hanna con eso)... El error, dice, consiste en que nosotros los técnicos intentamos vivir sin la muerte. Literalmente: tú no consideras la vida como una figura, sino como una mera suma; por eso no guardas relación con el tiempo, porque tampoco la guardas con la muerte. La vida, dice, es figura en el tiempo. Hanna reconoce que no sabe explicarme lo que quiere decir. La vida no es materia; no puede forzarse por medio de la técnica..."

Hay un nodo que hace la fuerza y la debilidad de este relato. Es la síntesis y contraste entre la visión científica, neutra, racional, que nuestro técnico tiene de sí mismo y de sus andanzas, y otra visión humanística, arcaica, llena de misterio, tragedia y religiosidad, que se impone en los hechos a contrapelo del propio personaje y narrador. Dos géneros y dos mundos quieren fundirse en la novela, como avverso y reverso de una misma realidad: el diario de un ingeniero nórdico de nuestros días, y el sentido de la tragedia griega.

La fusión, sin embargo, me parece imperfecta. La sugerencia del elemento humanístico, misterioso, trágico, es un tanto externa: aparte su mención discursiva, se reduce al escenario del desenlace —Grecia—, a los dioses mayas que se mencionan cuando el atarraje forzoso es México, a unas pocas alusiones nominalistas. Nunca hay atmósfera de misterio; siempre hay atmósfera de problema, de rompecabezas. No se puede pedir, claro, que el ingeniero se convirtiera a la mentalidad o al lenguaje de un Sócrates, y se sintiera entre los dioses o aún al amparo del Dios cristiano; su punto de vista es, hasta el final, el de un técnico, y debe serlo por necesidad de verosimilitud. Pero, por eso mismo, no hay verdadera trascendencia en este relato.

La única alusión expresiva, creo yo, hubiera consistido en revelar poéticamente el sentido de ese mundo humano misterioso, en el interior del lenguaje narrativo, que hubiera permanecido por fuera el lenguaje de un funcionario internacional, pero se hubiera animado desde su interior, desde su raíz poética, por intuiciones convergentes con el fin expresivo de la novela, la idea de "hombre", "dolor", "destino", "cumplimiento", "trascendencia". Esta revelación no se produce, estos valores no adquieren atmósfera, tal vez por esa pesantez de lenguaje y de planteamiento que anotaba ya al comienzo, y no obstante la lucidez y el rigor analítico de esta notable prosa. Frisch se ha facilitado la tarea con su personaje ingeniero; él mismo, quizás, ha sido más ingeniero de la cuenta en la construcción de su novela, por lo demás excelente.

Y es que, al fin y al cabo, la Providencia de este relato —contra su expresa intención o ambigüedad de fondo— resulta ser más azarosa que misteriosa, más llena de estadísticas que de sentido, en todo caso más plausibles que sobrenaturales. El autor sugiere un destino supremo allí donde él mismo ha provocado, en sus personajes, encuentros casi increíbles. El recurso es un tanto fácil: la providencia realista ser el mismo. En otros términos: dentro de la ficción narrativa, una serie de eventos estranjanos e improbables pueden apuntar a un "sentido misterioso y supremo de la existencia. Pero el lector, sacado de la ficción por el propio exceso de las casualidades, tiende a pensar más bien en el arbitrio del autor, que combina de modo inverosímil los encuentros de sus personajes en aviones y transatlánticos, para construir este "deus ex machina" del destino o del misterio de nuestra condición.

En verdad, el punto de revelación de lo "misterioso" o "sagrado" en el tejido de nuestras vidas no es tanto lo estadísticamente raro, como lo más ordinario cuando logra transfigurarse hacia lo alto y ser vivido como una llamada y un don. Lo cual puede ocurrir incluso en la existencia de un técnico que trabaja para un organismo internacional.

El misterio, algo, 21-11-1971 P.3

Max Frisch: "Homo Faber" [artículo] Ignacio Valente.

Libros y documentos

AUTORÍA

Valente, Ignacio, 1936-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1971

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Max Frisch: "Homo Faber" [artículo] Ignacio Valente.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile